



D. R. Subercaseaux en su gabinete.

Visitando a Don Ramón Subercaseaux

En el amplio parque, en cuyo centro está la casa del magnate artista, flota ya entre los árboles un aliento de otoño. De los ramajes que empiezan a patinarse de oro pálido, se desprenden las primeras hojas como si una mano delicada de oculta Margarita lo fuese despejando.

Pronto surge ante nosotros una figura alta y simpática, enjuta, que revela vigor y entero carácter, y que subraya su cortés saludo con una discreta sonrisa que invita a las confidencias. Estamos en presencia de don Ramón Subercaseaux, uno de los artistas aficionados más inteligentes, un profesional cuando coge los pinceles y evoca con magnífico color sus recuerdos de oriente. Como en muchas ocasiones hemos admirado sus cuadros, sobre todo sus acuarelas, en las cuales es un verdadero maestro, nuestra curiosidad se aviva y concentramos en su rostro la mirada. Al habérnos de arte, procura que sus palabras se vayan esculpiendo en nuestro cerebro, mientras fluyen de sus labios las apreciaciones, los recuerdos, los juicios precisos, definitivos, con una seguridad de criterio que seduce y que nos parece rara en estos tiempos de dudas y de pesimismo.

Nuestra vista recorre ávida el elegante salón lleno de sol y de cuadros.

—Esas son impresiones mías — nos dice — pintadas en oriente. Me traje de allá casi toda la Tierra Santa. Veá



Retrato del señor Subercaseaux por Sargent.



Un rincón del Parque

Ud. el Santo Sepulcro, en el cual se ven todas las huellas que han dejado los temblores... Este, la arcada ante la cual Pilatos mostró a Jesús al pueblo amotinado. Ese paisajito es una copia casi fotográfica de un panorama de Jerusalén. No procuré sino ser fiel en el detalle. Allá en el Huerto de los Olivos, que conserva aún algunos olivos enanos. Este otro es el sitio en el cual hay un

templo consagrado a la Cruz.—El distinguido artista pone ante nuestros ojos, no sólo los cuadros pintados con riqueza de color y muy representativos del ambiente de las tierras santas, sino también, su pala-

bra que fluye fácil y amena, da más precisión y fuerza al recuerdo. A veces el artista como en un ambiente de pasado, interrumpe su charla, como si un recuerdo melancólico de otros años pasara ante nosotros como la sombra de una ala de golondrina, para proseguir en sus confidentes y interesantes realizadas por la frase que brilla a veces como una clara fina sin engaste.

Recorremos luego su casa entera, que es un verdadero museo de arte y de buen gusto. El ambiente, los cuadros, los muebles antiguos, de los cuales parece desprenderse como un perfume desvanecido de sedas guardadas, nos hablan de un lujo tranquilo y de buen gusto. Las cornucopias brillan de tiempo en tiempo con reflejos de aguas tranquilas y del fondo de ellas nos parece ver surgir un rostro hermoso de dama del pasado que nos sonriera un instante como en un sueño. El distinguido hombre de arte tiene siempre la palabra oportuna y la frase precisa para ilustrarnos respecto a un cuadro, a un mueble, a un objeto.

—Eso que mira, es un retrato mío de Dagnan Bouveret, cuando era yo muy joven. Tengo otros de Sargent. Venga Ud.

Y nos guía a otros salones que conservan como en cajas cerradas de maderas finas, ese mismo aroma desvanecido que nos seduce y que nos hace soñar con el pasado. Admiramos un Tintoretto y nos extasiamos ante un Van Dick.

—¿Ve usted? Otro retrato mío pintado por Sargent, el gran retratista mundial.

Miramos la tela, la cual reproducimos junto con otras del mismo autor. El rostro fino del retratado surge de una sombra clara y transparente, lleno de carácter y de vida. La mástina de algunos años ha puesto en él como el beso leve de un exquisito crepúsculo. A su lado nos atrae con su luz intensa, luz de oriente, mágica y soñada, una terraza en la cual juegan unas esclavas moras. El blanco es único, característico, blanco sin crupezas de las construcciones levantinas.

—¿De quién?—preguntamos al señor Subercaseaux, que nos observa sonriendo.

—De Sargent también, que es gran paisajista. Este cuadro me enamora y lo prefiero a muchos que tengo en mi colección. Hoy Sargent se ha dedicado al paisaje, a pintar cuadros, en general, y no retratos. Dice que está fatigado de las poses de los modelos. No hace mucho tiempo rechazó el encargo de un retrato por el cual le ofrecían dos mil libras esterlinas.

Al interesarme e inquirir el por qué de ese profundo conocimiento del ilustre artista por el señor Subercaseaux, éste me dijo:

—Hemos sido íntimos amigos en Europa. Pintábamos juntos en Venecia, al aire libre, en paseos que hacíamos por los canales. Tengo un recuerdo de ese entonces, un apunte que me hizo Sargent durante uno de esos paseos artísticos.

Luego me muestra el señor Suberca-



seaux otras curiosidades de gran valor del mismo autor. —Esta tela representa un buen recuerdo para Sargent. Es mi esposa cuyo retrato fué en el Salón de París la primera medalla que consagró al pintor.

Observamos con delicia el gran retrato, en tono discreto, verdoso. Surge de la tela la distinguida dama en todo el esplendor de su belleza.

—¿Y estos dos chicos, señor? —Mis hijos, Pedro y Luis, pintados por Boldini. El pintor italiano tenía por este cuadro gran estimación y creía que era una de las cosas mejores que había pintado.

Luego el señor Subercaseaux me habla de pintores nuestros, y nombra a Valenzuela, Llanos, Correa, Alegria, Jarpa, Rebolledo.

Lo que no tolero son las modas en arte. Digan lo que quieran el clasicismo es la norma en arte. Se me dirá que en materia de gusto nada se ha escrito. Disparate. Sí, señor, se ha dicho y escrito mucho. Las obras clásicas no son fruto de la consagración de un momento en la humanidad, sino que han pasado por el espíritu crítico, a veces de muchos siglos de genio de buen gusto, que ha cristalizado su valor en forma definitiva.

Y me agregó: —Ah! algo hay que me preocupa actualmente con vivo interés y es lo que se llama en Europa Arte Público, arte en nuestras construcciones, en nuestras calles, en nuestras calzadas. Sobre esto pienso dar pronto una conferencia.

Ya en la reja de su artística mansión, al estrechar su mano, pensamos:

—Hombres como éste debieran ser siempre los directores de nuestro pueblo.

N. YAÑEZ SILVA

Nota.—En nuestro próximo número publicaremos una interesante entrevista a don Alberto Mackenna S.

